

Letras Hispanas

Volume 16

TITLE: La literatura argentina y sus lectores: sobre edición, nacionalismo y traducción (1938-1955)

AUTHOR: José Enrique Navarro

EMAIL: enrique.navarro@wichita.edu

AFFILIATION: Wichita State University; Department of Modern and Classical Languages and Literatures; 407E Jardine Hall; 1845 Fairmount St; Wichita, Kansas 67260

ABSTRACT: This paper analyses the process by which Argentine literary publishers began printing a growing number of local and Latin American authors in the 1950s. This work proposes and defends the existence of three root causes. On the one hand, the dispute for foreign translation rights into Spanish language between Argentine publishing houses and the rising Spanish and Mexican publishing industries. Secondly, the rise of nationalism in Argentina during the second third of the twentieth century, and lastly, the familiarity acquired by Argentine readers—thanks to the reading of foreign titles—with the language and compositional patterns that local writers—translators in many cases of those works—were starting to use in their own creations.

KEYWORDS: Argentinean Literature, Argentinean Publishing Industry, Literary Translation, Nationalism, Readership, Literary Field, Publishing Field

RESUMEN: El objeto del presente trabajo es analizar el proceso por el cual las editoriales literarias argentinas comenzaron a publicar en la década de los cincuenta las obras de un número cada vez mayor de escritores nacionales y latinoamericanos. Se propondrá la primacía de tres factores: por un lado, la disputa que las ascendentes industrias editoriales española y mexicana iniciaron con las editoras argentinas por los derechos de traducción al español; en segundo lugar, el auge del sentimiento nacionalista en Argentina durante el segundo tercio del siglo xx y, por último, la familiaridad que los lectores locales adquirieron—gracias a la lectura de títulos foráneos—con el lenguaje y patrones compositivos que los literatos argentinos—traductores en muchos casos de aquellas obras—estaban comenzado a usar en sus propias creaciones.

PALABRAS CLAVE: literatura argentina, edición argentina, traducción literaria, nacionalismo, lectores, campo literario, campo editorial

DATE RECEIVED: 1/28/2019

DATE PUBLISHED: 2/20/2020

BIOGRAPHY: José Enrique Navarro is Assistant Professor of Spanish at Wichita State University. He specializes in 20th century Latin American literature and culture, and Transatlantic studies. His current research focuses on publishing history, cultural globalization, politics of memory, and graphic novels.

La literatura argentina y sus lectores: sobre edición, nacionalismo y traducción (1938-1955)¹

José Enrique Navarro, Wichita State University

En *Sociología del público argentino*, publicado en 1956, el académico Adolfo Prieto aseveraba que el público argentino mostraba poco afecto por los autores y la literatura nacionales. Basaba dicha afirmación tanto en un estudio de 1946, del sociólogo Gino Germani, como en la encuesta que él mismo llevó a cabo en las barriadas de Buenos Aires y de cinco grandes ciudades del interior del país. Prieto inicia su ensayo refiriendo las frecuentes quejas no solo de los literatos, sino también de los artistas y gestores culturales argentinos: “se consideran desoídos; se sienten ignorados; sospechan vivir destinos gratuitos.” (9). Tras exponer las conclusiones de la investigación de Germani y de la suya propia, Prieto otorga la razón a estos intelectuales. Así, pese a la “inexperiencia, falta de medios materiales y de un equipo humano competente” con que se realizó la encuesta, sus resultados le llevan a indicar la existencia de un reducido grupo de los lectores reales de la literatura argentina frente al público en general, que ignora los libros de autores locales, pero “presta su adhesión más o menos ruidosa a muchas expresiones de literaturas extranjeras” (97-98). A ello añade, como única conclusión firme y esperanzadora de su experimento, que

el libro ha hecho una irrupción, lenta y extraordinariamente desordenada, pero irrupción al fin, en un ámbito que hasta hace no poco tiempo le era extraño. (103)

Esta observación se encuadra cronológicamente en dos procesos históricamente

coincidentes, y que además tocaban a su fin en el momento de publicación de *Sociología del público argentino*: el de la coronación de Buenos Aires como centro productor del libro en lengua castellana, la llamada “edad de oro” de la industria editorial argentina (1938-1955), y el de la ampliación de consumos culturales y la expansión del sistema educativo experimentados en Argentina a mediados de siglo, durante el llamado primer peronismo (1946-1955).

Derrocado el peronismo y finalizado el período de esplendor de las editoriales australes, ya en la década de los sesenta, se verificaron, según señala Jorge B. Rivera, dos fenómenos concurrentes: El primero, corresponde a la nacionalización de los catálogos editoriales, esto es, la proliferación de la edición de títulos de ficción y no ficción de escritores locales en detrimento de los publicados en traducción. A ello le acompañó un inusitado interés por las obras de estos literatos, lo cual se tradujo en un notable aumento de sus ventas (“Apogeo” 633). El análisis de Rivera, así como los que se han basado en él—destacadamente, el de José Luis de Diego—se sustentan principalmente en las variables económicas. Rivera defiende que la subida interna de los costos junto a la creciente competencia de otros países—principalmente España y México—por el dominio del mercado americano del libro en español condujeron a las editoriales argentinas a centrarse en la publicación de autores nacionales (“Auge” 625). Por su parte, De Diego se decanta por el segundo factor:

según él, “la pérdida de mercados externos es la causa principal del *boom* del libro de autor argentino” en la década de los sesenta (“1938” 104). Y, pese a que Rivera concede relevancia al papel que las mejoras educativas en las décadas de los cuarenta y cincuenta tuvieron en el aumento del público lector (“Auge” 641), ninguno de los análisis logra explicar del todo cómo se pudo producir en tan corto espacio de tiempo un vuelco tal en las preferencias del público lector. Esto es, no se analiza con suficiente profundidad, teniendo presentes las conclusiones del ensayo de Prieto, cómo se pudo dar la siguiente paradoja subrayada por De Diego: que el comienzo de la decadencia coincidió “con un desarrollo notable de la literatura argentina y latinoamericana en el interés de los lectores” (“1938” 111).

Reconociendo la indudable valía de las hipótesis desarrolladas por ambos críticos y con el ánimo de enriquecerlas, el presente trabajo tiene un objetivo doble: por un lado, complementar el estudio del proceso de nacionalización de los catálogos, centrado hasta ahora en la novela, con la referencia a lo acontecido con otros géneros literarios y, por el otro, proponer el nacionalismo como agente adicional a los argumentos aportados. Para ello y en consonancia con el concepto de afiliación de Edward Said, este ensayo pretende recrear o reconstruir desde una perspectiva histórica los vínculos entre un texto o conjunto de textos y la sociedad y cultura en las que aquellos surgieron (“American” 175). En el presente caso, para analizar los antecedentes del proceso de nacionalización, se partirá con un esbozo del periodo objeto de estudio, esto es, de la “edad de oro” de la edición argentina. Acto seguido, y consecuente a la consideración de los catálogos editoriales como fuente privilegiada de la historia cultural, se examinarán los registros correspondientes a dos sellos punteros durante el auge del comercio del libro en Argentina: las editoriales Losada y Sudamericana. En tercer lugar, se delinearán el desarrollo de las ideas y el sentimiento nacionalista en la referida época y se valorará su impacto en la nacionalización de los catálogos.

Finalmente, se aludirá a la traducción como elemento agregado para que los lectores argentinos recibieran de mejor grado las obras de autores locales.

De la edad de oro a la crisis de la edición argentina

La cultura argentina vivió una edad dorada en el segundo tercio del siglo XX. En diversos ámbitos, como el tango, el cine o la historieta, se dieron cita grandes autores. Cabe destacar, entre otros, a músicos como Aníbal Troilo y Enrique Santos Discépolo; directores como Mario Soffici y Leopoldo Torre Nilsson y caricaturistas como Héctor G. Oesterheld o Dante Quinterno. Estos contaron con el beneplácito de un público en aumento, gracias al considerable incremento de los consumos culturales experimentado durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta (Sigal 517). Algo similar aconteció en el mundo del libro. La mayoría de los estudiosos sitúan la denominada “edad de oro de la edición argentina” entre 1938 y 1955, momento este último en que las cifras de producción comenzaron a mostrar evidentes signos de agotamiento.²

Este apogeo de la industria editorial argentina responde a diversas circunstancias, tanto internas como externas. Entre las primeras cabe mencionar la existencia, desde la década de los años veinte y treinta, de un floreciente mercado cimentado en la extensión del sistema educativo en el país. El crecimiento del número de lectores corrió paralelo a la incipiente profesionalización en el sector del libro. Esta se forjó gracias a la consolidación de una serie de emprendimientos editoriales que contaron con el apoyo financiero de importantes socios capitalistas. La estabilidad económica y social que vivía Argentina resultó fundamental, como también lo fue la llegada desde España, antes y tras el estallido de la Guerra Civil, de un grupo de profesionales, editores y libreros, que fundarían o liderarían las principales casas editoriales del período, entre 1938 y 1939: Losada,

Sudamericana y Emecé. Estos expatriados se rodearon de destacados críticos y escritores de ambos lados del Atlántico, quienes se desempeñaron como directores de colecciones, traductores o correctores de estilo. También trajeron consigo valiosas prácticas comerciales. En las primeras décadas del siglo XX, las editoriales españolas hubieron de mejorar notablemente sus estrategias comerciales para así poder competir con las grandes casas europeas (principalmente, francesas, alemanas e inglesas), que venían surtiendo a las nuevas repúblicas de libros en lengua castellana. Como señala Ana Martínez Rus, con sistemas como las ventas a plazos, por suscripción o por catálogo, la industria peninsular del libro buscó captar a lectores no tradicionales (1023). De la mano de sus gerentes españoles, las nuevas editoriales surgidas a finales de los años treinta en Argentina implantaron métodos similares. Se produjo también una renovación de los catálogos editoriales. Como apunta Fernando Larraz, existe una “muy evidente continuidad formal” entre los catálogos de las casas argentinas de los años cuarenta y los publicados por las editoriales españolas en las dos décadas anteriores (“Catálogos” 142). Un tercer aporte fue el fomento de la conciencia gremial. Así, de la celebración del Primer Congreso de Editores e Impresores en 1938 surgió la Cámara Argentina del Libro, que desarrolló destacadas iniciativas de difusión, como la Feria del Libro Argentino de 1943.

En el plano externo, varios acontecimientos influyeron de manera decisiva al auge de la industria editorial argentina: la Guerra Civil en España y, acto seguido, la Segunda Guerra Mundial afianzaron la posición de las editoriales hispanoamericanas en sus correspondientes mercados de origen y, en el caso de las más pujantes, en el continente entero y en la propia España. En 1946, el novelista español Francisco Ayala, entonces exiliado en Buenos Aires, calificó este proceso como descomunal, “no tanto por el volumen alcanzado como por su rapidez” (7). Algunos datos ayudarán a entender el vuelco que operó en el comercio transatlántico del libro: mientras en los años

veinte, el 50% de la producción editorial española se vendía en América Latina (Rus 26), dos décadas después, un 80% de los libros que circulaban en España era de origen argentino (Rivera, “Auge” 579-80). Las ventas de las editoriales españolas en Argentina se redujeron entre 1932 y 1940 un 95%: de 85 millones a solo 5 millones de pesetas (Lagarde 47).

Entre los desencadenantes de este desinflamiento de la segunda mitad del siglo se citan con frecuencia la situación política y económica. La consecución de golpes militares—en 1955, 1962, 1966 y 1976—son muestra de una inestabilidad política que afectó a la industria editorial en su conjunto. No es casual, como afirma Octavio Gettino, que los años de mayor producción coincidan con el impulso de medidas de fomento industrial y de desarrollo social, mientras que los desplomes atestigüen períodos de incertidumbre e inestabilidad política, como sucede, por ejemplo, en el tránsito de la dictadura militar de Pedro Eugenio Aramburu al gobierno de Arturo Frondizi, en 1958 (46). En el terreno económico, incidieron el aumento de los costes del papel, los salarios y la distribución, el descontrol de la inflación y las devaluaciones. Aldo Ferrer señala que entre 1950 y 1962 el peso argentino se devaluó en más de veinte ocasiones (200). Las crisis de divisas asolaron el continente en la década de los cincuenta. Chile, Ecuador, Colombia, Venezuela y Uruguay hubieron de hacer frente a fenómenos similares. Las devaluaciones generalizadas en Latinoamérica tuvieron un efecto demoledor en las empresas editoras que vendían gran parte de su catálogo en el exterior: primeramente, las descapitalizaron y posteriormente les cerraron mercados tras la implantación de medidas proteccionistas en gran parte del continente (Bottaro 72). Así, mientras que entre 1951 y 1955 Argentina exportó casi 170 millones de libros, en el siguiente lustro, de 1956 y 1960, no se superaron los 117 millones. Al igual que las exportaciones, la producción se redujo significativamente.

Para entonces, la industria editorial española ya se había sacudido los efectos de la Guerra Civil. Entre 1940 y 1955 se crearon sellos

literarios tan relevantes como Janés o Planeta. En el campo del ensayo se fundaron editoriales que resultarían de gran influencia como Ariel, Tecnos o Taurus. A dicha proliferación contribuyó sin duda la aprobación en 1946 de la Ley de Protección del Libro Español, que contemplaba, entre otras medidas, primas a la exportación, una importante reducción del precio final del papel vía exención de impuestos, así como otros beneficios fiscales que buscaban impulsar la inversión en las empresas dedicadas al libro.³ Las cifras resultan nuevamente ilustrativas: el valor de las exportaciones de libros españoles a Argentina en 1950 multiplicó por veinte a las del año 1940. A su vez, las de 1954 triplicaron a las de 1950: se pasó de exportar por valor de 5 millones de pesetas en 1940 a más de 325 en 1954 (Lagarde 47).

En el caso de la industria editorial argentina, habría que añadirse como causa desestabilizante la competencia creciente de México, y en particular los emprendimientos editoriales públicos, que fructificaron en iniciativas de gran calado como el Fondo de Cultura Económica. Este, creado en 1934, abrió sucursal en Buenos Aires en 1945 y en Santiago de Chile en 1954. Otro país en el continente cuya industria editorial se consolidó fue Chile. Destaca la editorial Ercilla, que entre 1938 y 1942 había abierto sucursales en Argentina, Uruguay, Colombia, Cuba y México. En cualquier caso, la reacción de la administración argentina fue tardía, ya que ni la Ley de Fomento Editorial de 1947 ni la Ley de Libro Argentino de 1953 frenaron el descalabro. Como consecuencia de la carestía del papel y la escasez de divisas, el precio del libro argentino se multiplicó hasta convertirlo hacia 1956, en la opinión acaso excesiva de Domingo Buonocore, en “el más caro del mundo” (39).

La nacionalización de los catálogos

Como se ha indicado, un fenómeno que cabe observar durante de la edad de oro y con posterioridad es la denominada “nacio-

nalización de los catálogos editoriales,” esto es, la proliferación de la edición de títulos de ficción y de no ficción escritos por autores locales en detrimento de los publicados en traducción. Rivera manifiesta que ya en los años cuarenta se detectan en los catálogos de las grandes editoriales dos tendencias que se amalgaman: una producción destinada al mercado interno y otra, en traducción, “pensada tanto para el mercado local como para los mercados de España y América” (“Apogeo” 631).⁴ Según el mismo crítico, durante la década siguiente, los sellos más pequeños, sobre todo, apostaron por los autores locales, política que se vieron forzados a seguir las grandes editoriales a partir de los años sesenta (“Apogeo” 633). Seguramente Rivera tenía en mente a la mayoría de los escritores argentinos que iniciaron su andadura literaria en los años cincuenta, como David Viñas, Antonio de Benedetto, Rodolfo Walsh o Marco Denevi. Tanto ellos como los de la siguiente década, como Manuel Puig, Ricardo Piglia o Juan José Saer fueron descubiertos por pequeñas editoriales.

De Diego matiza alguna de las ideas de Rivera al afirmar que en los catálogos de las grandes casas editoriales es patente, ya a partir de 1940, una incipiente apuesta por los autores nacionales con cierta trayectoria (“1938” 105). En el caso de la editorial Sudamericana, Ernesto Sabato y Manuel Mujica Láinez servirían como ejemplos perfectos.⁵ En particular, dos casos son relevantes al respecto. En primer lugar, la verificación de un crecimiento del mercado interno a partir de 1947. Fue entonces cuando las cifras se estancaron sin que ello impactara en las de producción. A propósito de este anquilosamiento de las ventas en el exterior, Alejandra Giuliani afirma que, salvo que estos libros quedaran en depósito, debieron ser distribuidos y vendidos en Argentina (25-26). Por otra parte, que hasta bien entrados los años cincuenta es difícil encontrar escritores que publiquen en exclusiva con una determinada editorial (De Diego, “1938” 105). Por tanto, no existían autores insignia de un determinado sello ni

las editoriales practicaban la llamada política de autor, esto es, seguir a un escritor a lo largo de toda su carrera con independencia de que algunos de sus libros vendieran menos que otros. De ahí que, en el momento en que las grandes editoriales decidieron fichar en exclusiva, lo hicieron decantándose por aquellos literatos que contaban con cierto nombre. Ello no obstó a que Sudamericana o Emecé contrataran asimismo a autores casi desconocidos entonces, como Julio Cortázar o Silvina Bullrich, respectivamente.

Un segundo indicador de que la nacionalización de los catálogos de las grandes editoriales obró ya en la década de los cincuenta, sería la creación y convocatoria de concursos literarios destinados a descubrir nuevos talentos por parte tanto de Emecé como de Losada.⁶ En 1954, al filo del cierre de la edad de oro, Emecé convocó por primera vez su premio de literatura, que ganó Beatriz Guido con su primera novela, *La casa del ángel*, texto que tres años más tarde llevaría a la gran pantalla su marido, el director Leopoldo Torre Nilsson. Poco después, en 1958, la editorial Losada lanzó su concurso de novela, que galardonó en su primera edición al español a Cecilio Benítez de Castro por *La iluminada*. El jurado recomendó asimismo la publicación de otras ocho obras, entre las que se encontraba *Los dueños de la tierra*, del denuncialista David Viñas. Al año siguiente el premio le fue concedido a un joven escritor paraguayo hasta entonces desconocido, Augusto Roa Bastos, por su primera novela, *Hijo de hombre*.⁷

El examen de los catálogos de las referidas Losada y Sudamericana, fundadas en 1938 y 1939 respectivamente, puede dar al lector una idea más precisa de cuándo y en qué condiciones se gestó su nacionalización. Si se toma el género de la novela como referente, los datos pueden conducir a confusión. Y esto porque las políticas editoriales de Losada y Sudamericana divergieron especialmente en este género literario. Así, el número de títulos publicados en traducción por Sudamericana resulta abrumador. La editorial contaba con

una colección dedicada casi exclusivamente a tal fin, "Horizonte," que se presentaba como el "panorama más completo de la novela contemporánea" ("Catálogo General no. 4" 6). Otros títulos aparecieron en la colección "Sur," de la editorial homónima, surgida como extensión de la famosa revista de mismo título. Asimismo, un número limitado de novelas se editó fuera de estas colecciones. A su vez, hasta 1945, de las 56 novelas publicadas por Sudamericana, 51 eran de autoría extranjera. En 1950, de las 90 novelas en catálogo, solo 11 no fueron traducidas. Entre los cinco novelistas de lengua castellana se encuentran dos escritores argentinos—Leopoldo Marechal y el prolífico Manuel Mallea—el peruano Germán Arciniegas y el también fecundo autor español Salvador de Madariaga.

La comparación de estos números con los de la editorial Losada evidencia la gran dependencia de Sudamericana de las traducciones. El conteo de los títulos de narrativa publicados por Losada entre 1939 y 1955, e integrados más tarde en la colección "Novelistas de Nuestra Época,"⁸ arroja los siguientes datos: de las 122 obras, casi la mitad son en traducción; un 28%, de autor argentino; un 17%, de otro país latinoamericano y un 7%, español. Estas cifras ponen de relieve la voluntad de Losada de crear un catálogo en el que los escritores de lengua española y de otras lenguas compartieran protagonismo.⁹ Entre los literatos argentinos editados, cuentan con más de una obra Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges (*El Aleph*, 1949), Norah Lange y Bernardo Verbitsky. Existe también alguna reedición, como la de *Don Segundo Sombra* (1922), de Ricardo Güiraldes. Algo que merece mención aparte es la regularidad con la que Losada publicó a narradores de lengua castellana. Aunque con algunos altibajos, desde 1940 a 1948 se editaron, de media, de 3 a 5 obras nuevas no traducidas por año. Esa cifra sufrió un primer incremento de 1949 a 1955, con 5 a 6 novedades por año, la cual se afianzó y amplió entre finales de los años cincuenta y el comienzo de la década siguiente.

Como se comprobará a continuación, cabe observar notables diferencias en los porcentajes de obras en traducción en función del género literario objeto de publicación. Es posible tomar como ejemplo el género de la poesía, caracterizado por lo general por sus escasas ventas, por su temprana aparición bajo una colección propia en ambas editoriales. Sudamericana publicó su primer poemario en 1941, a los dos años de su fundación. Entre ese entonces y 1963, Sudamericana editó 25 títulos de poesía. El examen del catálogo de 1950 de Sudamericana permite constatar que de la quincena de obras de poesía publicadas al cumplir una década de existencia, doce son de autores argentinos. Entre ellos destacan vates difícilmente clasificables como noveles, como los martinfierristas Oliverio Girondo, Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernárdez, Fermín Estrella Gutiérrez, Helena Muñoz Larreta, el surrealista Enrique Molina y varias plumas ligadas a la revista *Sur*: las de su fundadora, Silvina Ocampo, y Juan Rodolfo Wilcock.¹⁰ Las obras en traducción son escasas. Solo se encuentra la del franco-uruguayo Jules Supervielle. Tampoco abundan los poemarios de literatos españoles; solo están los de Pedro Salinas y Salvador de Madariaga. Para conformar el catálogo de poesía de Sudamericana una estrategia editorial frecuente fue la recuperación de títulos anteriormente editados por otros sellos. De la docena de títulos de poesía local publicados desde 1937 hasta 1950 muchos fueron reediciones o recopilaciones. Tal fue el caso del poemario de Marechal *La rosa en la balanza* (1944), compuesto por obras, a decir del catálogo, “sumamente representativas” del autor (140):¹¹ *Odas para el hombre y la mujer*, de 1929, y *Laberinto de amor*, que había impreso Sur en 1940. Otro tanto ocurre con *Cielo de Tierra*, poemario original de 1937 de Francisco Luis Bernárdez, reeditado por Sudamericana en 1943.¹²

Por lo que respecta a Losada, el ya mencionado Bernárdez y las *Poesías completas* del uruguayo Julio Herrera y Reissig inauguraron la colección “Poetas de España y América,” en 1942, más tarde rebautizada “Poetas de Ayer

y Hoy.” En esta importante colección se publicaron, hasta 1963, un total de 152 títulos. Esto indica el significativo peso que el género lírico tuvo en el plan de publicaciones de la editorial. Losada sacó a luz en la citada “Poetas de España y América,” dirigida por dos españoles, Guillermo de Torre y Amado Alonso, a un gran número de escritores argentinos y latinoamericanos, entre los que despuntan uruguayos y venezolanos, y en grado mucho menor de españoles (alrededor de un quinto).¹³ Los publicados en traducción son minoría, solo 3 de 87 autores.

El teatro y cuento aparecen como géneros marginales en ambos catálogos. Respecto al primero, las divergencias entre las políticas editoriales se desvanecen. Losada publicó hasta 1955 solo 7 obras de teatro, todas de autoría extranjera, excepto una del español Rafael Alberti. Sudamericana editó hasta 1950 un total de 9 títulos de teatro, 6 de ellas en traducción. Se observa a posteriori, en la década de los sesenta, un fuerte crecimiento en la publicación de obras de este género. Pese a ello, el predominio de los dramaturgos extranjeros se mantuvo. Por lo que se refiere al cuento, sorprende que ocurriera lo contrario: que el número de escritores argentino superara con creces a los autores foráneos. El catálogo de Sudamericana listaba las recopilaciones de relatos separadamente. La mayoría de estos títulos aparecieron fuera de colección. En 1944, de las 4 obras publicadas, 2 correspondieron a narradores argentinos—Pablo Rojas Paz y Leónidas Barletta—a los que se sumó la uruguayo Juana de Ibarbourou. Desde ese momento, hasta 1950, se incorporaron a la nómina de cuentistas publicados por Sudamericana otros dos escritores locales: Carmen Gándara y Manuel Mujica Láinez; otro uruguayo, Felisberto Hernández y el español Francisco Ayala.

El análisis disgregado por géneros y por editoriales permite presentar un panorama más complejo de lo que fue el proceso de nacionalización de los catálogos. Principalmente, porque demuestra que en algunos géneros literarios la publicación de obras en

traducción no prevaleció. Tal fue el caso de la poesía, acaso porque en ella la traducción encuentra mayores obstáculos para trasladar la voz del autor foráneo. Pero también sucedió otro tanto con el cuento, género que no presenta a priori dificultades de traducción mayores que las de su congénere, la novela. Aún más, este tipo de análisis pone de manifiesto que, pese a que la publicación de literatura traducida fue particularmente intensa en el género de la novela, hubo sellos, como *Losada*, que incluso en este rubro editorial, de gran popularidad, concedieron un creciente espacio a los escritores en lengua castellana, y en particular a los argentinos. Además, como se ha señalado anteriormente, la publicación de literatos locales, latinoamericanos o, en menor medida, españoles, se lleva a cabo con cierta regularidad.

El anterior análisis ha constatado que un grueso cada vez más importante de la producción editorial argentina, y en especial en ciertos géneros, se dedicó al autor nacional o latinoamericano antes de que la “edad de oro de la edición argentina” tocara a su fin, es decir, antes de que se produjera el empeoramiento de la situación económica en Latinoamérica y aumentara la presencia de editoriales foráneas en Buenos Aires. Esto indicaría la existencia de un interés y un público mayor del que Adolfo Prieto detectó en su estudio. Desde el punto de vista cronológico, tanto la etapa de auge de la industria del libro como el proceso de nacionalización de los catálogos corrieron en paralelo con el aumento del nacionalismo en el país rioplatense. Es por tanto posible establecer la hipótesis de que el nacionalismo se configuró, pues, como otra de las condiciones necesarias, junto a las económicas señaladas, para que se produjera la nacionalización de los catálogos.

Nacionalismo, edición y literatura

El nacionalismo argentino hunde sus raíces en las olas masivas de inmigración de origen europeo que el país austral recibió desde finales

del siglo XIX hasta la segunda década del XX. Como explica José Luis Romero, entre 1881 y 1914, el país acogió a más de cuatro millones de inmigrantes, a resultas de lo cual al final de este período un tercio de su población era de origen extranjero (171). Ante el temor de que tal realidad terminara socavando la república de los notables, régimen que excluía de la participación política a las mayorías, las clases dirigentes ilustradas intentaron primordialmente a través del sistema educativo argentino, de carácter obligatorio, laico y gratuito, llevar a cabo una nacionalización cultural de los recién llegados (González Bernaldo de Quirós 225). Se pretendía, por tanto, imponer una identidad uniforme mediante la inculcación de un imaginario nacional que sirviera para asegurar la permanencia en el poder de la minoría letrada. Las élites oligárquicas rioplatenses adoptaron una estrategia que ya se había ensayado con éxito en múltiples ocasiones desde la Revolución francesa: la instrumentalización de la cultura. Según Said, a lo largo del siglo XIX cultura y Estado se identificaron cuando, por intermedación de la minoría letrada, “the idea of culture acquired an affirmatively nationalist cast” (“American” 174). La cultura y la lengua se convirtieron, así, en componentes centrales para la conformación de los nuevos estados-nación.¹⁴

La aprobación en 1912 de la Ley Sáenz Peña, que estableció el sufragio universal obligatorio y secreto masculino, signaría poco más tarde “la entrada de la Argentina a la era de la política de masas” (Cavarozzi 249). Conscientes de que tal circunstancia pudiera producirse, las élites emprendieron una serie de iniciativas de índole cultural destinadas a conservar el poder simbólico y seguir influyendo en la construcción del imaginario nacional. No es casualidad, indica Fernando Degiovanni, que en 1915, tras la sanción de la Ley Sáenz Peña, aparecieran las colecciones de clásicos argentinos “La Cultura Argentina” y “Biblioteca Argentina,” dirigidas por José Ingenieros y Ricardo Rojas, respectivamente (152). Como temían los notables, la modificación del sistema electoral condujo en, 1916, a

la victoria de un partido popular y multiclassista, la Unión Cívica Radical (UCR), y a la llegada a la presidencia de Hipólito Yrigoyen. En relación con el nacionalismo, el radicalismo argentino se definió por su programa económico, de marcado intervencionismo estatal, frente a la creciente influencia estadounidense (J. Romero, *Ideas* 220-21). Este aspecto económico resulta ser otra vertiente del nacionalismo argentino. Por desgracia, el experimento democrático concluyó pronto, con el asalto del teniente general José Félix Uriburu a la Casa Rosada en 1930. Este instauró un nacionalismo católico de derechas y abrió un período oscuro en la historia argentina, la denominada Década Infame.

En su seminal ensayo sobre la formación de la idea de la Argentina como nación, Nicolás Shumway advierte que “la forma del nacionalismo argentino es amplia, pero vaga, omnipresente pero indefinida” (314). Otro tanto cabe afirmar sobre la manera en que dicho nacionalismo se manifiesta. En este sentido, la proliferación de ensayos que, con distintos planteamientos, indagaron durante la década de los treinta la definición del argentinismo y el alma nacional podría servir de indicio del fuerte influjo que tuvo el sentimiento nacionalista. Nos referimos a obras como *El hombre que está solo y espera*, de Raúl Escalabrini Ortiz (1931); *Radiografía de la Pampa* (1933), de Ezequiel Martínez Estrada e *Historia de una pasión argentina* (1937), de Eduardo Mallea, entre otros. También cabría fijarse en hechos aparentemente aislados, como el que consigna Luis Alberto Romero: en 1937 se canta por primera vez el himno nacional argentino durante la celebración del Primero de Mayo (*Breve* 80). Es precisamente hacia esas mismas fechas, entre finales de los años treinta y la década de los cuarenta, cuando distintas historias de la literatura argentina y latinoamericana vieron la luz. Las primeras siguieron la senda de la inaugural *La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, de Ricardo Rojas, publicada en cuatro volúmenes entre 1917 y 1922, y ampliada a ocho en 1924 con el

título de *Historia de la Literatura Argentina*.¹⁵ A partir de mediados de los años cuarenta, autores contemporáneos como Leopoldo Lugones o Enrique Larreta comenzaron a leerse en las universidades argentinas (Korn 16). Por lo que respecta al público popular, este también leyó en el período de entreguerras multitud de títulos de escritores nacionales y literatura regional, junto a obras en traducción, publicados todos ellos en libros y folletos de gran circulación y bajo precio (L. Romero, “Libros” 6, 61). Todo ello apunta a un creciente interés, en los diversos extractos sociales, por los símbolos y expresiones nacionales, un mirar hacia dentro reflejo de las ideas nacionalistas y antiimperialistas—principalmente contra el Reino Unido—que dominaron el período.

Como reacción al nacionalismo conservador de Uriburu y al generalizado fraude electoral, surgió un nacionalismo de corte popular, heredero del radicalismo que el gobierno militar proscribió. Como señala la crítica María Pía López,

los nacionalismos que se despliegan durante este periodo no pueden ser desprendidos del espanto—que no siempre proviene de las ausencia de complicidad—respecto de lo que se percibe como inauténtico. (12)

Acaso debido al desencanto de unos ante la estafa democrática y a la complicidad de otros en la farsa, ambas corrientes del nacionalismo, aristocrático y populista, coincidían en su carácter antiliberal.¹⁶ El nacionalismo populista se nuclearía alrededor de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), grupo político creado en 1935 y que en 1945 se disolvería para integrarse en el movimiento liderado por el coronel Juan Domingo Perón, quien gobernaría Argentina desde 1946 hasta su derrocamiento en 1955, precisamente cuando la edad de oro de la edición tocaba su fin.

Se ha afirmado frecuentemente que el Peronismo carecía de una política cultural

netamente definida, tanto respecto al mundo del libro como el del arte (Navascués 212, Giunta 53). Ello se debería, según considera Silvia Sigal, a su fuerte antiintelectualismo (516). De ahí que el respaldo de los letrados nunca se considerara ni necesario ni prioritario, y que el régimen no contara con “intelectuales orgánicos que ejercieran como mediadores culturales” (Navascués 212).¹⁷ Si existió, sin embargo, una “muy evidente voluntad de eliminar voces discordantes” (Sigal 513). Tal voluntad se plasmó en la temprana purga de las universidades, a la que siguieron las del poder judicial y los medios de comunicación. Entre los intelectuales apartados de sus cargos y degradados es sobradamente conocido el caso de Jorge Luis Borges, relevado de su puesto de bibliotecario municipal y nombrado inspector de aves y conejos en los mercados. En puridad, la política cultural peronista se redujo a la priorización de unas expresiones culturales, las más populares, en demérito de otras consideradas elitistas, como la literatura, así como al establecimiento de medidas de apoyo a la producción cultural nacional. Entre las que interesan especialmente a efectos de la tesis que proponemos, cabe citar tres: el mandato constitucional de que las universidades ofrecieran cursos de formación política—obligatorios y comunes para todos los estudiantes—que reafirmaran la conciencia nacional,¹⁸ la obligatoriedad de interpretar piezas de compositores argentinos en todos los conciertos (Gambini 515), así como el abortado Anteproyecto del Estatuto del Trabajador Intelectual de 1949, que establecía que al menos un 10% de los títulos editados por los sellos argentinos fueran de autores nacionales, así como que se les dedicara similar porcentaje de la superficie de los escaparates de las librerías.

Lejos de lo que podía pensarse, la tensión entre estética y política que afloró durante este período no hizo peligrar la autonomía del campo literario. Por el contrario, vino a reforzarla y ratificarla, según Said, el ingreso del país en la modernidad, toda vez que dicha tensión constituye un rasgo distintivo de

esta (“Función” 155). De esta forma, la élite intelectual abandonó su condición de clase dirigente de la nación. La profesionalización de escritores y políticos contribuyó a la constitución de dos entidades separadas, aunque no absolutamente autónomas: el campo literario y el campo político argentinos. Al efecto señala la socióloga Gisèle Sapiro que los principios y valores sobre los que se basa la autonomía relativa del campo literario son resultado de la lucha de la producción cultural contra el control político (153). En otras palabras, la autonomía de la literatura y del campo literario podrán darse únicamente en condiciones ideales, tales como la inexistencia de dependencia o control institucional o de mercado. El análisis de las condiciones, en un determinado momento histórico, en que literatura y política intersectan implica para Sapiro el estudio de las circunstancias de producción de la obra, de la relación de esta y la visión del mundo del autor y, por último, de su recepción (148). En el caso que nos ocupa, habría que referir por un lado la escasa centralización de las instancias de producción y consagración, esto es, el relativo grado de autonomía del que disfrutaron durante el segundo tercio del siglo XX las editoriales argentinas, los diarios generales y revistas especializadas encargados de llevar a cabo la labor crítica, así como las asociaciones corporativas de editores y escritores.¹⁹ Por otra parte, en lo que se refiere a las relaciones entre obra, autor y público, se encuentran fuertemente mediatizadas por la extensión del sistema educativo, el crecimiento de los consumos culturales, la expansión del nacionalismo y el fenómeno de la traducción literaria.

Traducción, literatura y lectores

Durante el primer peronismo, se llevó a cabo una ampliación del sistema educativo. Esta, en combinación con la creación de una serie de subsidios escolares, contribuyó a reducir la tasa de analfabetismo y al crecimiento de la matrícula en las escuelas primarias,

secundarias y universidades (Saítta 301). Todo ello redundó en el aumento del público lector, principalmente gracias a la incorporación de individuos provenientes de las clases medias y populares. En particular, aquellos pertenecientes al proletariado industrial y la clase media baja vendrían a conformar el grupo más numeroso de lectores descritos por Prieto en *Sociología del público argentino*. Conforme a los resultados de su encuesta, estos habrían pasado, al mejorar sus condiciones económicas, de leer diarios y revistas en los años cuarenta a volverse “de más en más permeables a la sugestión del libro” (101).

De acuerdo con nuestra hipótesis, estos nuevos lectores sostuvieron la industria editorial argentina cuando esta perdió sus mercados exteriores. Resulta evidente que la nacionalización de los catálogos editoriales que se produjo entonces hubiera resultado un fracaso de no contar los escritores locales con una recepción mínimamente favorable. Los autores argentinos se vieron favorecidos por la existencia de un público lector dotado de una marcada conciencia nacional. No obstante, el creciente nacionalismo no fue el único elemento que facilitó la transición de un mercado literario que miraba al exterior, y traducía en grandes cantidades, a uno que miraba al interior y favorecía la lengua castellana. Otro factor decisivo para entender la favorable recepción de la literatura local fue la traducción de obras foráneas que se realizó en las dos décadas anteriores.

La creciente publicación de títulos en traducción en Argentina tuvo un efecto doble: por un lado, ayudó a una literatura joven y periférica como la austral a encontrar un lenguaje y patrones compositivos propios (Willson, *Constelación* 33) y, por otro, preparó el terreno para que las obras de los literatos argentinos fueran mejor acogidas en su propio país. Respecto al primero de los aspectos señalados, la relevancia de la traducción se entiende mejor si, siguiendo las ideas de la teoría de los polisistemas de Itamar Even-Zohar, consideramos que la literatura traducida entra a formar parte

del sistema literario de un determinado país. Para Even-Zohar los textos en traducción constituyen uno de los distintos repertorios o subsistemas (junto a la literatura popular, la culta, etc.) que, dotados de patrones estilísticos propios, se ponen a disposición del sistema literario nacional en cuestión. Los diversos subsistemas coexisten e interactúan, produciéndose préstamos y transferencias. Estas transferencias originan que la distinción entre literatura traducida y no traducida se torne cada vez más difusa, toda vez que

often it is the leading writers (or members of the avant-garde who are about to become the leading writers) who produce the most conspicuous or appreciated translations. (46)

En el caso argentino, este papel lo protagonizaron muchos de los colaboradores de la revista *Sur*. Estos eran escritores profesionales que para poder subsistir hubieron de conjugar la literatura con otros trabajos editoriales, tales como la corrección de textos o la dirección de colecciones.²⁰ A gran parte de ellos la traducción de textos les sirvió como práctica escritural.

Así y volviendo a lo tocante al público, estas traducciones sirvieron de tarjeta de presentación de todo un conjunto de géneros, principios constructivos y modos de representación literaria de nuevo cuño. El hecho de que a través de las traducciones los lectores se familiarizaran con ellos facilitó el paso al consumo de títulos de autores nacionales que empleaban similares cuando no iguales recursos. En cierto modo, el diálogo emprendido entre la literatura local y la extranjera fue mejor entendida por el público gracias a su exposición previa a esta última. Es preciso subrayar además que los lectores de estos textos literarios ya no eran necesariamente los mismos que los que conformaron el público lector en los años treinta. Los hijos de muchos individuos de clases populares, lectores décadas atrás de folletos y libros baratos que incluían obras de José Hernández o Esteban

Echeverría, se convirtieron, al ingresar en la universidad y contar con mayores medios económicos, en consumidores de literatura argentina contemporánea.

Iniciamos nuestro trabajo citando a Adolfo Prieto, y habremos de cerrarlo acudiendo de nuevo a él. En un artículo aparecido al año de la publicación de *Sociología del público argentino*, el crítico aseveraba que el escritor argentino no encontraría un público “medianamente adecuado a sus exigencias” hasta que no se organizara “un cuadro de vida colectivo con valores y vínculos aceptados por los más” (“Literatura” 75). Muy probablemente, en el momento de escribir aquellas líneas, tal y como hemos venido demostrando, tales circunstancias ya estuvieran ocurriendo. De lo contrario, sería difícilmente explicable que el mismo público que daba la espalda a los autores locales a mediados de los cincuenta descubriera en menos de una década las virtudes de los literatos patrios. De no mediar una significativa mejora en la formación y las condiciones económicas de un sector importante de la sociedad rioplatense, un creciente sentimiento nacionalista y una experiencia lectora previa, facilitada por la literatura traducida, la nacionalización de los catálogos editoriales posiblemente se hubieran saldado con un rotundo fracaso. En suma, todos estos componentes, en conjunción con otros de índole estética, encarrilaron la aceptación de la literatura argentina dentro de sus fronteras, y sirven para entender la publicación y posterior canonización de determinados escritores y obras argentinas del segundo tercio del siglo XX.

Notas

¹ Este artículo ha sido posible gracias a la beca de investigación concedida al autor por la Benson Latin American Collection de la Universidad de Texas en Austin y la South Central Modern Language Association en el año 2017. El autor desea agradecer las facilidades prestadas por todo el personal de las bibliotecas de la Universidad de Texas en Austin, y en particular por José Montelongo.

² Las fechas de inicio y final de este período de auge de la edición en Argentina no están claramente

definidas. Leandro de Sagastizábal señala su comienzo en el año 1936 (75), acaso siguiendo el criterio de Jorge B. Rivera, que fechó la edad de oro de 1936 a 1956 (“Auge” 577). Por su parte, Fernando Larraz data el apogeo de las editoriales argentinas entre 1937 y 1951 (“Política” 1). José Luis de Diego lo fecha “aproximadamente” de 1938 a 1953 (“Edición” n.p.). Posiblemente la datación más correcta es esta última. Desde el punto de vista cronológico, pese a que la sublevación del ejército en España se produjo a mediados de julio de 1936, y a que la mayoría de las editoriales catalanas, que eran las principales exportadoras, fueron colectivizadas en los meses siguientes, parece difícil sostener que sus efectos se pudieran sentir antes de acabar el año. Además, los datos estadísticos existentes desmienten que se produjera un crecimiento sustancial en el número de títulos o ejemplares editados hasta 1938 (cfr. García 105, Bottaro 31, Rivera “Auge” 582). Alejandra Giuliani defiende también esta datación, pese a que, como recoge en su monografía, el consumo de papel se quintuplicara en 1937 (37-38, 58-59).

³ Según Cristina Moreiras-Menor, el respaldo a los sectores editorial y turístico fue parte de la estrategia del régimen franquista de renovar y limpiar la imagen de España en el exterior (73). De manera similar, el importante cambio cultural que operó en España más tarde, en la década de los sesenta, fue un efecto colateral, pero no necesariamente deseado, de las medidas de reforma impulsadas por el Franquismo, como la Ley de Prensa e Imprenta de 1966. Como señala Francisco Rojas Claros, “bastó el inicio de un tímido proceso de apertura (más aparente que real) para desencadenar un proceso imparable de cambio cultural.” (79).

⁴ Anteriormente en el país austral se publicaban tanto a autores nacionales como foráneos. Lo que diferenciaría ambos momentos, antes y después de 1938, sería la escala y el alcance, esto es, la mayor cantidad de autores y títulos editados en traducción, así como su destacada presencia en librerías de otros países. Algunas editoriales de libros baratos, como Tor y Claridad, exportaron cifras muy significativas de su producción a Latinoamérica en las décadas de los veinte y los treinta (Giuliani 47, 49), pero sin alcanzar los guarismos de la “edad de oro.”

⁵ En el mismo sentido, la editorial Emecé se identifica popularmente como el sello en el que publicaba Jorge Luis Borges, aunque esto es verdad a medias: ocurrió tardíamente, a partir de 1953, cuando el escritor tenía ya más de una docena de títulos en su haber.

⁶ Ambas iniciativas tuvieron como antecedente el Premio Ricardo Güiraldes de novela argentina, establecido por la editorial Losada en 1939, así como el concurso literario organizado en 1947 por la Cámara Argentina del Libro, al cual solo podían presentarse autores argentinos. El galardón de este último consistía en la publicación de hasta veinte obras literarias, que los organismos estatales posteriormente adquirieron. Por desgracia, esta iniciativa no pasó de la primera edición (Giuliani 203-04).

⁷ De manera similar, al otro lado del Atlántico la editorial Destino llevaba años convocando el Premio Nadal de Novela, que dio a conocer obras y nombres fundamentales de la narrativa española de postguerra. Sobresalen *Nada* (1944), de Carmen Laforet; *La sombra del ciprés es alargada* (1947), de Miguel Delibes; *El Jarama* (1955), de Rafael Sánchez Ferlosio; *Entre visillos* (1957), de Carmen Martín Gaité y *Primera memoria* (1959), de Ana María Matute.

⁸ Esta colección reunió a partir de 1960 las obras de narrativa originalmente publicadas en otras colecciones, como “Las Grandes Novelas de Nuestra Época,” “Novelistas de España y América” y “Prosistas de España y América” (Larraz, “Losada” 199).

⁹ Hay más indicios que respaldan tal hipótesis. Por ejemplo, en la colección de bolsillo de Losada, la “Biblioteca Clásica y Contemporánea,” los autores en traducción suponían un 25% de los publicados, y se constata un equilibrio entre el número de los autores españoles y latinoamericanos publicados, pese a que despuntan por poco los primeros (Larraz, “Política” 7).

¹⁰ Ocampo además consta como editora, junto a Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, de la *Antología poética argentina* (1941).

¹¹ Es interesante comprobar cómo los argumentos de venta de los libros permanecen inalterables. Los textos de presentación de los diversos títulos del Catálogo de Sudamericana de 1950 se apoyan con frecuencia en los premios recibidos por los textos o en los elogios acaparados por la obra entre críticos y compañeros de profesión.

¹² En puridad, los primeros títulos de poesía contemporánea publicados por Losada aparecieron en otras dos colecciones, “Obras Completas de Federico García Lorca” y “Biblioteca Contemporánea.” La primera recogió muy tempranamente, en 1938, el grueso de los poemarios del escritor granadino, con la lógica excepción de *Poeta en Nueva York*, que permaneció inédito, hasta 1943. En “Biblioteca Contemporánea” aparecieron entre 1938 y 1941 alrededor de 80 títulos, de los cuales al menos dos eran del género poético: una traducción de

Zenobia Campubrí y Juan Ramón Jiménez de dos poemarios de Rabindranath Tagore y la reedición de *Melpómene* (1912), del argentino Arturo Capdevila. Ambos se publicaron en 1938. Otras obras de poetas clásicos, como Luis de Góngora, vieron la luz durante ese mismo período en la colección “Las Obras Maestras de la Literatura y del Pensamiento Universal,” dirigida por Pedro Henríquez Ureña.

¹³ El catálogo de poesía de Losada ofrece un completo recorrido, arrancando con Juan Ramón Jiménez, por las distintas generaciones y corrientes de la poesía española del siglo XX: representan a la Generación del 27 Federico García Lorca, Rafael Alberti y Carmen Conde, a la del 36, Miguel Hernández, y a la poesía de la postguerra, Blas de Otero, Gabriel Celaya y José Hierro.

¹⁴ El historiador José Álvarez Junco cita como ejemplos de aplicación de la estrategia de la nacionalización cultural a Italia, Estados Unidos y la propia Argentina. En el caso del país alpino, unificado en 1870, cita la ilustrativa manifestación del Ministro Massimo D’Azeglio: “ya tenemos Italia; ahora hay que crear italianos.” Sobre las naciones americanas, afirma que resulta “fácil comprobar que así se planteó y se llevó a cabo,” ya que “había que nacionalizar a los recién independizados o recién llegados” (12).

¹⁵ Con su titánico trabajo, Rojas pretendió llenar el vacío bibliográfico que él denunció en el momento de tomar posesión, en 1912, como catedrático de una materia hasta entonces inexistente, la de Literatura Argentina. A decir de Buonocuore, Rojas afirmó entonces que se trataba de “una cátedra sin tradición y una asignatura sin bibliografía” (41). Nótese que la cátedra se crea dos años después de la celebración del Centenario de la Revolución de Mayo, con la que se dio inicio al proceso de independencia de Argentina como colonia española.

¹⁶ La historiadora Jeane DeLaney responsabiliza a la oligarquía argentina de este desenlace. Según ella, su resistencia a aceptar los cambios que el aluvión inmigratorio estaba produciendo desembocó en la aparición y aceptación generalizada

of new conceptions of Argentineness that weakened the country’s nineteenth-century liberal tradition and helped fuel narrower, less tolerant interpretations of the nation’s identity. (112)

¹⁷ Al respecto, Graciela Montaldo afirma, siguiendo a Ernesto Laclau, que con el peronismo el intelectual perdió su función de intermediario, de

instancia crítica que hablaba por la comunidad. En la medida en el que pueblo obtuvo voz propia, que el líder se encargó de encauzar, el letrado hubo de ceder el lugar preferencial que había ocupado en la esfera estatal desde el siglo XIX (70).

¹⁸ El artículo 37.IV.4 de la Constitución de 1949 reza lo siguiente:

Las universidades establecerán cursos obligatorios y comunes destinados a los estudiantes de todas las facultades para su formación política, con el propósito de que cada alumno conozca la esencia de lo argentino, la realidad espiritual, económica, social y política de su país, la evolución y la misión histórica de la República Argentina, y para que adquiera conciencia de la responsabilidad que debe asumir en la empresa de lograr y afianzar los fines reconocidos y fijados en esta Constitución. (36)

¹⁹ El peronismo fue el período en que tal autonomía se vio más restringida. Ello es debido a que los editores argentinos, al igual que la mayoría de los escritores e intelectuales, rechazaron la causa peronista (Sigal 505-06). Algunas asociaciones gremiales, como la Cámara Argentina del Libro, fungieron de mediadores con el gobierno; otras protagonizaron continuos enfrentamientos con este, como la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). Sus rencillas cristalizaron en la creación, en 1951, de una entidad paralela, properonista, la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA). Ese mismo año el régimen peronista clausuró el diario *La Prensa*.

²⁰ Esta situación no es exclusiva de los territorios americanos. Como apunta José Carlos Mainer, en España y en especial hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, los escritores sobrevivían gracias no solo a sus colaboraciones periodísticas, sino a la traducción para editoriales españolas, como La España Moderna, así como francesas, como Garnier y Ollendorf. Posteriormente, Calpe, fundada en 1918, contrataría muchas traducciones para su "Colección Universal" (76). Entre los que tradujeron para Garnier destacan figuras tan conocidos como Enrique Gómez Carrillo y los hermanos Antonio y Manuel Machado.

Obras citadas

Álvarez Junco, José. *Dioses útiles. Nación y nacionalismo*. Galaxia Gutenberg, 2016.

- Ayala, Francisco. *Problemas de la traducción*. Taurus, 1965.
- Bottaro, Raúl H. *La edición de libros en Argentina*. Troquel, 1964.
- Buonocuore, Domingo. *Bibliografía literaria y otros temas sobre el editor y el libro*. Universidad Nacional del Litoral, 1956.
- Catálogo General N° 4*. Sudamericana, 1946.
- Catálogo General N° 5*. Sudamericana, 1950.
- Catálogo General de la Editorial Sudamericana. 1939-1969*. Sudamericana, 1969.
- Catálogo 1963. Vigésimo quinto aniversario de Editorial Losada*, S.A. Losada, 1963.
- Cavarozzi, Marcelo. "Sufragio universal y poder militar." *Historia mínima de Argentina*, editado por Yankelevich, pp. 233-71.
- Constitución de la Nación Argentina*. Secretaría del Estado de la Nación, 1949.
- Degiovanni, Fernando. "El reverso de la trama: Políticas de Estado, estrategias de mercado y nacionalismo cultural en la Argentina, 1915-1930." *El valor de la cultura. Arte, literatura y mercado en América Latina*. Compilado por Luis E. Cárcamo-Huechante et al. Rosario, 2007, pp. 135-60.
- DeLaney, Jeane. "Immigration, Identity, and Nationalism in Argentina, 1850-1950." *Immigration and National Identities in Latin America*. Editado por Nicola Foote y Michael Goebel. UP of Florida, 2014, pp. 91-114.
- Diego, José Luis de. "1938-1955. La 'época de oro' de la industria editorial." *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Editado por José Luis de Diego. Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 91-123.
- . "La edición de literatura en la Argentina de fines de los sesenta." *Cuadernos LIRICO*, no. 15, 2016, n.p.
- Even-Zohar, Itamar. "The Position of the Translated Literature within the Literary Polysystem." *Poetics Today*, vol. 11, no. 1, 1990, pp. 45-51.
- Ferrer, Aldo. *The Argentine Economy*. 1963. Traducido por Marjory M. Urquidí. U of California P, 1967.
- Gambini, Hugo. *Historia del Peronismo. El poder total (1943-1951)*. Vergara, 2007.
- García, Eustasio A. *Desarrollo de la industria editorial argentina*. Fundación Interamericana de Biblioteconomía Franklin, 1965.
- Getino, Octavio. *Las industrias culturales en la Argentina. Dimensión económica y políticas públicas*. Colihue, 1995.
- González Bernaldo de Quirós, Pilar. "El largo siglo XIX." *Historia mínima de Argentina*, editado por Yankelevich, pp. 143-231.

- Giuliani, Alejandra. *Editores y política. Entre el mercado latinoamericano de libros y el primer peronismo (1938-1955)*. Tren en Movimiento, 2018.
- Giunta, Andrea. *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*, 2ª. ed. Siglo XXI, 2008.
- Korn, Guillermo. "Conflictos y armonías." *Literatura Argentina. Siglo XX*, vol. 4. Dirigido por David Viñas. Compilado por Guillermo Korn. Paradiso/Fundación Crónica General, 2007, pp. 8-25.
- Lagarde, Pierre. *La politique de l'édition du livre en Argentine*. Service des Publications de l'Université de Toulouse-Le Mirail, 1980.
- Larraz, Fernando. "Los catálogos editoriales en la 'edad de oro de la edición argentina' (1938-1950). *Edición y propaganda del libro: las estrategias publicitarias en España e Hispanoamérica (siglos XVII-XX)*. Editado por Lluís Agustí et al. Calambur, 2018, pp. 129-51.
- . "Editorial Losada." *Diccionario biobibliográfico de los escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Editado por Manuel Aznar Soler y José Ramón López García. vol. III. Renacimiento, 2016, pp. 197-200.
- . "Política y cultura. Biblioteca Contemporánea y Colección Austral, dos modelos de difusión cultural." *Orbis Tertius* vol. 14, no. 15, 2009, 1-10.
- López, María Pía. "30/43: Historia, ensayo y literatura." *Literatura Argentina. Siglo XX*. Vol. 3. Dirigido por David Viñas. Compilado por María Pía López. Paradiso/Fundación Crónica General, 2007, pp. 11-39.
- Mainer, José Carlos. *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. 3ª. ed. Cátedra, 1986.
- Martínez Rus, Ana, "La industria editorial española ante los mercados americanos del libro 1892-1936." *Hispania: Revista Española de Historia*, vol. 62, no. 212, 2002, pp. 1021-58.
- Montaldo, Graciela. *Zonas ciegas. Populismos y experimentos culturales en Argentina*. Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Moreiras-Menor, Cristina. *Cultura herida. Literatura y cine en la España democrática*. Libertarias-Prodhufo, 2002.
- Navascués, Javier. *Alpargatas contra libros. El escritor y las masas en la literatura del primer peronismo (1945-1955)*. Iberoamericana/Vervuert, 2017.
- Prieto, Adolfo. "La literatura argentina y su público." *Primera reunión de arte contemporáneo 1957*. Universidad Nacional del Litoral, pp. 69-78.
- . *Sociología del público argentino*. Leviatán, 1956.
- Rivera, Jorge B. "Apogeo y crisis de la industria cultural (1955-1970)." *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, vol. 4. CEAL, 1986, pp. 625-48.
- . "El auge de la industria cultural (1930-1955)." *Capítulo. Historia de la literatura argentina*, vol. 4. CEAL, 1986, pp. 577-600.
- Romero, José Luis. *Las ideas políticas en Argentina*. 5ª. ed. Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Romero, Luis Alberto. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. 2ª. ed. Fondo de Cultura Económica, 2001.
- . "Los libros baratos." *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Editado por Luis Alberto Romero y Leandro H. Gutiérrez. Siglo XXI, 1995, pp. 45-67.
- Rojas Claros, Francisco. "Poder, disidencia editorial y cambio cultural en España durante los años 60." *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, no. 5, 2016, pp. 59-80.
- Sagastizábal, Leandro de. *La edición de libros en la Argentina. Una empresa de cultura*. Eudeba, 1995.
- Said, Edward. "La función pública de los escritores e intelectuales." *Humanismo y crítica democrática. La responsabilidad pública de escritores e intelectuales*. Traducido por Ricardo García Pérez. Debate, 2009, pp. 145-71.
- . "Reflections on American 'Left' Literary Criticism." *The World, the Text and the Critic*. Harvard University Press, 1983, pp. 158-77.
- Saítta, Sylvia. "La cultura, 1930-1960." *Argentina. Mirando hacia adentro. 1930-1960*. Coordinado por Alejandro Cataruzza. Fundación Mapfre/Taurus, 2012, pp. 245-310.
- Sapiro, Gisèle. "Una aproximación sociológica a las relaciones entre literatura e ideología." *Bourdieu después de Bourdieu*. Editado y traducido por Diana Sainz Roig. Arco/Libros, 2017, pp. 143-65.
- Sigal, Silvia. "Intelectuales y Peronismo." *Nueva historia argentina. Los años peronistas (1943-1955)*. Vol. 8. Dirigido por Juan Carlos Torre. Sudamericana, 2002, pp. 481-522.
- Shumway, Nicolás. *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. 1991. Traducido por César Aira. 3ª. ed. Emecé, 2005.
- Willson, Patricia. *La constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Siglo XXI, 2004.
- Yankelevich, Pablo, editor. *Historia mínima de Argentina*. El Colegio de México, 2014.